

# JESÚS REYES HEROLES, HOMBRE DE ACCIÓN, HOMBRE DE HISTORIA<sup>1</sup>

Eugenia Meyer

*Universidad Nacional Autónoma de México*

La vida misma es inconcebible sin la libertad...

## LO PARTICULAR Y PERSONAL

Dos grandes pasiones guiaron la vida de Jesús Reyes Heróles: la política y la historia. Hombre de su tiempo, reflexionó infatigablemente sobre el acontecer decimonónico y, además, en él inspiró sus acciones públicas. A lo largo de los muchos años en que se desempeñó como funcionario en la administración federal habría de referirse, de manera constante, a las lecciones del pasado, de las que se valió en discursos, ensayos, arengas y frases categóricas suyas por todos recordadas.

Este veracruzano singular nació el 3 de abril de 1921 en Tuxpan, apenas restablecido el orden federal tras la violencia de la lucha armada. Perteneció a una generación marcada por dos visiones contrastantes: una que

<sup>1</sup> Una primera versión de este ensayo apareció publicada en Jesús Reyes Heróles, *Los caminos de la historia* (introducción y selección de Eugenia Meyer), México, UNAM, Biblioteca del Estudiante Universitario, 2002.

buscaba recuperar la paz y rechazaba la violencia y el radicalismo, y otra, formada por los hombres del medio siglo, nacidos cuando apenas habían terminado los años broncos, que en forma temeraria cuestionaban la primera gran revolución del siglo xx. No es por ello gratuito que, para Reyes Heróles, la Revolución mexicana marcara un hito en la vida nacional y que él insistiera en la necesidad de rehacer la Revolución, esto es de enfrentarla constantemente con el fin de eliminar sus aspectos agotados e imprimírle una vitalidad permanente, siempre a contrapelo de la tarea de sus sepultureros, empeñados en referirse a ella como agua pasada.

Reyes Heróles propugnaba el cumplimiento de un deber revolucionario, consistente en revisar los alcances, los logros y quizá las deudas aún impagadas del movimiento social iniciado en 1910. Señalaba que no era posible juzgar ese proceso a partir de absolutos, puesto que, en la historia de los pueblos, "pocas cosas, muy pocas en verdad, puede decirse que se han logrado en definitiva y la confianza ingenua es para los revolucionarios enfermedad funesta".

Luego de algunos años en las tierras tuxpeñas donde nació, Reyes Heróles comenzó con sus padres un largo trayecto que fue desde Tampico y Ciudad Victoria hasta San Luis Potosí. Cursó en esta última ciudad la enseñanza preparatoria y en 1939, en pleno bachillerato, el joven estudiante sorprendió a sus maestros con un texto inicial de largo y copioso contenido en el campo de las ideas. Así, con apenas 18 años de edad, publicó en *Labor*, revista mensual de cultura potosina, un pequeño ensayo al que dio por título "Humanismo y revolución". Se trata-

ba de su primera incursión en el campo de la historia, particularmente en el ámbito del medioevo occidental. Hizo de éste una caracterización ciertamente subjetiva; sin embargo, ella lo condujo hacia lo que le interesaba: el Renacimiento y lo “transitorio e íntimo” del humanismo. Reyes Heróles advirtió que, en la medida en que se afianzaba una clase social económicamente privilegiada, se miraba con desdén progresivo, por divinizante y miserable, a la Edad Media: se despreciaba el cielo para atender lo terrenal. No obstante, según el pensador en ciernes, no debía soslayarse que el humanismo es algo fundamentalmente espiritual y su significado es amor a lo humano.

Cuando leyó a Ortega y Gasset, a quien llamaba viejo liberal, se inspiró en él para plantear que, en los años treinta del siglo xx, el panorama se había oscurecido: las tinieblas reinaban, porque se vivía la realidad de los hombres-masa que constituían un tipo unificado, y toda la sociedad resultaba afectada porque, al constituirse en totalidad generalizadora, suprimía lo particular personal. El humanista, que se distingue por tener fe en el hombre, tiene que oponerse a ello y esforzarse, a partir de la acción, por el porvenir del género humano y la integridad del hombre.

Reyes Heróles no escapó a su tiempo y su circunstancia. Vivió los años marcados por la obra de hombres como Oswald Spengler —quien “en las tendencias totalitarias señala el vehículo indispensable para que el hombre tenga un muy noble final”—, cuyo pensamiento sirvió de inspiración y justificación a las ideologías fascistas, las cuales conducirían a la humanidad al precipicio de la

guerra. Los totalitarismos se asomaban y amenazaban. Imbuido de la euforia que el proceso cardenista generó con su intento de reconquistar la Revolución, Reyes Heróles previó, quizá con cierta incertidumbre y con preocupación, lo que deparaba el futuro. Había que buscar el cambio, había que sustentarlo en las experiencias del pasado, para así alcanzar la felicidad. El romanticismo de su juventud llevó al entonces joven veracruzano a excesos muy explicables:

Humanismo[...] es fe en el hombre. Dudar de la tierra y temer al futuro es no ser humanista; la posición de él está por encima de todo; hacer la afirmación del hombre, garantizar por la acción el porvenir del género humano, luchando con fervor bondadoso por la integridad del hombre. Revolución es función de crear; para crear es preciso anhelar[...] Creer con firmeza que la humanidad tiene posibilidades de organizarse en una forma más feliz, esperar con la emancipación del hombre su real valoración, querer la paz y saberla por la revolución, desearla, y olvidando las alturas metafísicas contribuir a su aceleramiento. Pensar y actuar como revolucionarios es ser humanista[...] con menosprecio seguro de todo aquello que hiere la lealtad, niega la libertad y corrompe la dignidad del hombre.

Al concluir la década de los treinta, Reyes Heróles llegó a la capital para inscribirse en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional Autónoma de México. La antigua Escuela de Leyes, situada en el edificio de San Ildefonso, sería el escenario natural del joven que se inclinaba también por la política. Pronto se integró al

Partido de la Revolución Mexicana, como ayudante del entonces presidente de ese instituto político, el general Heriberto Jara. Desde esa temprana época sobresalió por su apasionada militancia partidista, que lo llevaría a ocupar un sinnúmero de cargos y a adquirir muy diversas habilidades como historiador, ideólogo, escritor, orador, profesor universitario y estadista.

En 1944 se recibió como licenciado en derecho tras presentar una investigación sobre las "Tendencias actuales del Estado". Casi de inmediato fue designado profesor adjunto del Seminario de Derecho Social, con lo cual inició una larga carrera docente y, luego, como profesor de teoría general del Estado, asignatura que no abandonaría hasta 1963.

En 1945, para realizar estudios de posgrado, viajó a Argentina, donde emprendió un fructífero diálogo con importantes personajes latinoamericanos que, con el tiempo, se enriqueció en virtud de la incesante interlocución con la *intelligentzia* española.

Y mientras avanzaba en las tareas públicas, también lo hacía en la academia. Por algunos años fue profesor de economía en la Escuela Superior de Comercio y Administración del Instituto Politécnico Nacional. En función de esa experiencia estableció el vínculo indisoluble entre política y economía que determinaría su paso por la vida pública de México.

Aquéllos son los años de estudio, del despegue de la que sería una extensa y fecunda tarea heurística y hermenéutica. Sin interrupción, Reyes Heróles se consagró al estudio del siglo XIX mexicano. Reconocía la influencia de los españoles y del pensamiento liberal novohispano, así como

también de los teólogos y humanistas de los siglos XVI y XVII, y juzgaba indispensable conocerlos. También leyó a los hombres que vivieron y lucharon por el joven país. Fue analista paciente e incisivo del pensamiento de quienes primero delinearon el sueño de una patria independiente y luego la defendieron contra toda suerte de hostigamientos e invasiones. Rastreó las huellas intelectuales de personajes tan significativos como Rocafuerte, Sánchez, Ramos Arizpe, Gómez Farías y muchos otros.

Rasgo revelador de la vocación y la honestidad intelectual de Reyes Heróles es el hecho de que todos los escritos que llevaron su firma fueron, en efecto, escritos por él mismo, ya se tratara de doctos análisis resultantes de largos años de reflexión, como *El liberalismo mexicano*, o bien de todos y cada uno de los múltiples discursos y conferencias, ensayos y estudios que pronunció o publicó. Todo, sin excepción, fue fruto legítimo de su pensamiento y su pluma. Con seguridad, puede afirmarse que no hubo asesores que le metieran el hombro, escritores fantasma y ni siquiera duendes anónimos con quienes hubiera de compartir méritos, críticas o descalificaciones.

#### LA ACCIÓN

A lo largo de su creativa e intensa vida, Jesús Reyes Heróles predicó a partir de la introspección y del ejemplo de su actividad. A su juicio, dos elementos determinan la acción del hombre: lo factible y lo agible. En lo factible se impone el concurso de la mano, ella es la que prevale-

ce; pero lo agible implica o parte de un pensamiento que conduce a la acción o la produce, o que procede de ella. Por ello, afirmaba que la actuación política requiere el pensamiento, y que éste se amplía con los actos, sutiles o firmes, poco concluyentes o definitivos, pues, en suma, pensar y actuar se robustecen al comunicarse. En virtud de ello, también, insistió hasta la saciedad en su doble vocación de intelectual y de político. La mejor definición de este mexicano excepcional la formuló él mismo, al referirse a los hombres que construyeron la nación en el siglo XIX como intelectuales políticos. Y él, ni duda cabe, fue el intelectual político del México contemporáneo.

Al tiempo que estudiaba la realidad nacional, Reyes Heróles se adentraba en el pensamiento político, basado en la continuidad de ideas e instituciones, más que en la ruptura entre ellas. Conocer a los clásicos universales —Burke, Quevedo, Ortega y Gasset, Gramsci— y reconocer los límites reales del saber, del tiempo y de las posibilidades de una cultura universal eran la esencia de su trabajo político y su compromiso con la historia.

En su opinión, el intelectual ha de ser modestamente receptivo a la realidad, debe dejarse influir por ella y captarla y expresarla sin menosprecio alguno, por aquilatarla como manantial de cultura; el político precisa mantenerse vinculado con el mundo de las ideas, procurar racionalizar su acción y hallar en el pensamiento la fuente insoslayable de la política.

Congruente con tales ideas, la travesía política de Reyes Heróles corrió paralela a la del intelectual: recibió diversos nombramientos en la Secretaría del Trabajo y la Junta Federal de Conciliación y Arbitraje, y fue delega-

do en múltiples conferencias latinoamericanas que lo foguearon en el ámbito internacional, en una serie de experiencias que culminaron con su famosa *Carta de La Habana*. Luego, gracias a la cercanía con su paisano Adolfo Ruiz Cortines, éste, al asumir la Presidencia de la República, lo convirtió en su asesor.

Empezó entonces el largo camino como funcionario público: subdirector general técnico y luego director general del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS), director general del Combinado Industrial de Ciudad Sahagún y, en 1972, presidente del comité ejecutivo nacional del Partido Revolucionario Institucional, del que llegaría a ser el más prominente ideólogo. Continuó luego como director general del IMSS, secretario de Gobernación y, finalmente, de Educación Pública, puesto del que lo arrancarían su muerte, ocurrida en 1985.

Conocer a un hombre por la lista de los puestos que desempeñó es desde luego conocerlo sólo de manera incompleta. De hecho, la relación biográfica de su desempeño público no da cuenta de la capacidad y el tesón que aportó a la vida nacional. Reyes Heróles, el político, fue un espléndido funcionario que dominaba las cuestiones económicas y disfrutaba la práctica esencial de la negociación, entendida como un duelo permanente de inteligencias. En forma ostensible, despreciaba las rutinas burocráticas, a las que llamaba labores de intendencia, que lo aburrían sobremanera y a las que les reservaba, en el mejor de los casos, sólo el tiempo estrictamente necesario.

Reyes Heróles lo apostaba todo para defender sus ideas, sabedor de que no podría aspirar al máximo



puesto: el de presidente de la República, ya que la Constitución (artículo 82) se lo impedía por ser hijo de padre español. Así, determinó su subjetiva expresión de conceptos y su actuación acorde con sus convicciones: reconocer los intereses y la razón de Estado y defender permanentemente la libertad, condición imprescindible

para la actividad plena del hombre y requisito de todo aquello en que creemos. Sin ella, las ideologías se convierten en dogmas; la ciencia en secta de pocos; la técnica en instrumento sin finalidad; la política en negociación minúscula y acomodo estrecho; el arte se esteriliza y es simple mecánica; la moral se encanija; el nacionalismo resulta privilegio exclusivo de los fuertes; las divergencias se transforman en discordias; la convivencia en conformista sumisión [...]. Cuando no hay libertad, la conciencia se disuelve, porque sin la libertad hasta el derecho a equivocarse se pierde y la supuesta infalibilidad se impone. Únicamente quien es libre puede equivocarse, pero únicamente quien es libre reconoce la equivocación y puede rectificar para seguir adelante.

El periplo de la vida creativa y retadora del pensador político Jesús Reyes Heróles se cerró exactamente 45 años después de haber empezado a profundizar en el humanismo y en la idea de revolución. En 1984 se publicó un ensayo suyo muy particular: "Mirabeau o la política", que, sin sospecharlo, sería su creación última. De nueva cuenta, el autor vuelve al principio, a reencontrarse con sus orígenes filosóficos al releer a José Ortega y Gasset y

prologar una edición especial del texto del pensador madrileño sobre el político francés. La producción de ese ensayo hoy se antoja una entrega final. Ahí, otra vez el hombre maduro, el político actuante y pensante, reconoce en el filósofo español fuente de inspiración y guía para conocer la ciencia política. Se trata sin duda de hacer gala de un enorme conocimiento de la teoría y de los teóricos. Se trata de recorrer a los clásicos, de Maquiavelo a Croce, de Burke a Tocqueville. Se trata también de ubicarse en el justo medio, aquilatando el pensamiento de Ortega y Gasset sin concesiones ni parcialidades. Por eso Reyes Heróles insiste en que, para ese pensador, “la política es verbo y también adjetivo”. Con atributos y defectos, con aciertos y errores, reconoce que el ensayo de 1927 del creador de la filosofía de la razón vital sigue calando hondo y su lectura vuelve a despertar profundo interés por el clásico estadista francés.

#### LA POLÍTICA QUE TODO LO INVADE

A lo largo de su vida, Reyes Heróles manifestó interés y vocación por la política, y ello lo indujo a intentar la disección del político y a descifrar con precisión los rasgos inherentes a su perfil. Ésta fue una de sus reflexiones más constantes y por ello mismo se le identifica como el verdadero reformador político de la segunda mitad del siglo xx. Se nutrió en la razón de Estado para entender su tiempo y su circunstancia. A ello dedicó parte sustantiva de su vida y de su quehacer intelectual. Porque,

si nos preguntamos a quién corresponde la razón de Estado, tendremos que responder que únicamente al Estado. La razón de Estado desvirtuada se convierte en dogma religioso, en vía dinástica, en recurso de grupo para perpetuarse en el poder, en facultad de clase o monopolio de partido. De esta manera se despoja al Estado de una razón que sólo a él concierne.

Reyes Heróles reconocía que, por lo general, los intelectuales condenaban la actividad política de los componentes de su gremio y que nadie era más cruel y destructivo con los hombres de letras que algún colega suyo al ejercer el poder. La doble identidad de intelectual y político —en la que el primero se ocupa de mucho y el segundo sólo se justifica en la medida en que está regido por un pensamiento—, las posibilidades múltiples de dicotomías, disociaciones, parcializaciones y fraccionamientos de una unidad son las que dieron sentido a su propio desarrollo y constituyeron también su más preciada aportación.

Inspirado en el proceso de gestación del Estado nacional, el político veracruzano buscaría en lo fundamental la ideología del cambio: en lo político, en lo económico, en lo social, sobre la base de que “estabilidad política no es sociedad en descanso, no es quietud; es movimiento y transformación”. En el haber práctico de Reyes Heróles se cuentan la reforma de su partido, la reforma política del Estado e incluso ciertas bases de la plataforma de la revolución educativa del sistema de enseñanza nacional. Mediante esta última se pretendía recuperar el sentido de la educación como motor del progreso hacia una

sociedad racional moderna, como proceso de socialización y como desarrollo formativo para que los ciudadanos adopten como propios los valores que la nación ha escogido para sí.

La política, decía Reyes Heróles, es el arte de combinar las demandas de la realidad con las exigencias de la teoría. Su conocimiento de los fundamentos doctrinales del Estado y su formación de jurista lo obligaban a considerar todo acto político como una decisión de defender ideales y principios. De allí la necesidad de unir ideales con realidades: "Luchemos contra aquellos realistas que, a nombre del realismo, condenan las ideas y los ideales. Luchemos contra aquellos que, por preservar la pureza de los principios, ignoran la eficiencia de la acción".

El animal político que, conforme a los conceptos de Aristóteles, Reyes Heróles llevaba dentro lo obligaba a buscar soluciones que, para ser políticas, tendrían que ponerse en práctica conforme a derecho. Esta premisa impuso a sus acciones una obediencia relativa a la teoría, ya que ésta debía ser una teoría con práctica, porque, como él bien decía, "la teoría absoluta —y los absolutos son peligrosos—, la teoría sin práctica, puede llevar a la esterilidad; pero la práctica absoluta, sin teoría, puede llevar a la barbarie".

Era claro su compromiso con un sistema político y un partido en el poder que tenían imperfecciones —las propias de todo sistema representativo— y su papel activo dentro de ellos. Sin embargo, aseguraba que

en las grandes colectividades de nuestros días éste es el menos imperfecto de los conocidos. No en vano cuando se ha

tratado de sustituir el clásico sistema de representación, cuando se ha tratado de complementar la representación política mediante la funcional corporativa, la representación de intereses, etc., se ha arribado a formas estatales totalitarias o semitotalitarias.

Defendía a ultranza la existencia de una clase política, compuesta por políticos por vocación y profesión que, con su experiencia, su arte o su ciencia, pudieran indicar al técnico lo que es posible realizar. Según Reyes Heróles, el político es quien explica a las colectividades cómo y cuándo satisfacer sus necesidades, cómo sortear peligros y acechanzas, qué medidas es preciso tomar para alcanzar los fines sociales. Ciertamente, un rasgo profesional del político es la sensibilidad para medir el pulso de dicha colectividad, para advertir lo que quiere y lo que no quiere, para armonizar intereses total o fragmentariamente contrapuestos si su choque puede ocasionar perturbación, daño o retroceso.

Reyes Heróles concluía que el poder sólo lo tiene el Estado mismo, aunque los gobernantes y los partidos políticos sean capaces de llegar a controlar una parte de ese poder, según su fuerza ideológica y numérica, así como la habilidad o destreza de sus dirigentes. Por otro lado, entendía a esos partidos políticos como organizaciones intermedias entre el Estado y la sociedad, a las que corresponde identificar las necesidades y los modos de pensar de sus afiliados, para articular unas y otros en programas congruentes y susceptibles de realización, y, además, coordinar intereses contrapuestos, inducir la supeditación de los secundarios a los principales, propo-

nerse el logro de algunos objetivos y explicar el razonable aplazamiento de otros, conforme a una jerarquización fundada en la justa valoración de la realidad.

Al tiempo que reconocía la obligación de todo partido de contribuir a crear una vida política mejor y más amplia, Reyes Heróles combatía la idea de un partido-gobierno o de un gobierno-partido, por ser ello un contrasentido. En forma enfática sentenciaba: o se es partido o se es gobierno.

Tanto su inteligencia como su pensamiento cumplieron un papel decisivo en el curso de la historia mexicana, de la que fue protagonista, quizá porque entendía la política como actividad cultural y aceptaba e insistía en que la cultura tenía un significado político. Fue ante todo un gran provocador político, pues concebía la política como expresión de las inquietudes humanas, porque, como actividad cultural, se extiende a todas las actividades del ser humano y éstas se concentran en ella. A su parecer, todos los hombres son a la vez intelectuales y políticos, sólo que no todos desempeñan tales funciones en la sociedad.

#### TODOS LOS CAMINOS CONDUCEN A LA HISTORIA

Para el historiador Jesús Reyes Heróles, establecer la relación entre el conocer y el hacer, entre la teoría y la práctica, constituía una necesidad absoluta, ya que la historia "pertenece al conocer aun cuando en mucho se ocupe de describir el hacer e influya sobre éste". Por ello, la cumbre misma del conocimiento parece ser la historia de la

historia. Esto explica que los caminos que llevan a ella sean los medios a través de los cuales se realiza.

Por ende, Reyes Heróles se ocupó invariablemente de vincular la historia como conocimiento con la práctica como quehacer. Pretendía así postular la premisa de que la historia reconoce la permanente interacción entre el historiador y sus hechos, entre el pasado y el presente, en un diálogo que va más allá de individuos aislados de entonces y de ahora, de sociedades actuales y pasadas. En suma, concebía al historiador en la doble acepción de observador y protagonista de la historia, mas no de las historias, para evitar confundir las historias con la historia, aun cuando aquéllas formen parte de ésta. Escribir historia y no historias significa buscar el sentido de los hechos, explicarlos hasta donde es posible y situarse en posición equidistante entre quienes todo lo ven como resultado de la necesidad y aquellos que todo lo atribuyen a la voluntad del hombre, admitiendo para éste que, de grado o por fuerza, está en aptitud de escoger entre alternativas. Escribir historia implica formar parte del presente y tratar hechos que pertenecen al pasado, de acuerdo con la premisa de que la historia es un proceso continuo de interacción entre el historiador y sus hechos, un diálogo sin fin entre el presente y el pasado, un diálogo entre individuos que no se encuentran aislados de hoy y de ayer.

Al leer la obra histórica de Reyes Heróles se le reconoce una importante virtud: consumir su empeño de desaparecer de su discurso, haciendo honor al conocido refrán: "a un historiador se le ve mejor cuando no aparece". La verdad es que, aun si permaneciera en la tramo-

ya, su constante desafío representaría siempre un acicate irrefutable.

Abrevando en los teóricos, Reyes Heróles orientó sus esfuerzos a superar por igual el dogmatismo racionalista y el conformismo surgido del historicismo, para acrisolar lo que él llamó "revolucionarismo histórico". Así, encontró la forma de integrar sus dos razones de vida: historia y política, lo cual "da un sentido a la historia por hacer y a la hecha". El transcurrir, decía, está sujeto a un factor condicionante decisivo: lo que antes sucedió. Lo que ha ocurrido, lo que ocurre y lo que va a ocurrir no pueden separarse radicalmente.

La cuestión de la objetividad y la imparcialidad no lo afligía. Afirmaba que había llegado al siglo XIX mexicano "comprobando la unicidad de la historia, de adelante hacia atrás y de atrás hacia adelante", en un perpetuo remontarse o aventurarse. Una vez iniciado el estudio de esa centuria, ésta tuvo otro singular atractivo, estrechamente ligado a la posibilidad de tratar con hombres que hacían historia y también la escribían. Por ello se dedicó a profundizar en el pensamiento de los ideólogos del liberalismo mexicano, al tiempo que se identificaba plenamente con el liberal moderado que marcó una época: Mariano Otero. Ello se apreció con claridad cuando, en 1967, Reyes Heróles publicó el "Estudio preliminar" a las obras de aquel liberal jalisciense, verdadero tratado histórico-político, más que mera introducción a la antología por él reunida. Ese texto sirve como prueba irrefutable de las destrezas heurísticas y hermenéuticas de que Reyes Heróles fue capaz, merced a su erudición y su vasto conocimiento de los tiempos mexicanos.



A partir de aquel estudio —ensayo por demás revelador de la admiración que su autor sentía por el joven intelectual jalisciense que habría de morir a los 33 años, cuando apenas vislumbraba el éxito— empieza a trazarse un cuadro de vidas paralelas que asocia los nombres Otero y Reyes Heróles. Como aquél, éste quiso estar en la razón y entraña misma de la política nacional y precisar causas y factores que influían sobre los acontecimientos de su época, muy por encima de las causas aparentes y mucho más hondo que ellas. En la vida de ambos se destaca la “formación intelectual, adiestramiento político, contribución al cuadro jurídico institucional y acción ejecutiva, y coincidiendo con ellas, la elaboración de una concepción histórico-teórica y de un método para la investigación de la sociedad mexicana”.

Otero fue, nos dice Reyes Heróles, “un hombre de ideas que actuó sobre una realidad que no escogió y dejándose influir por ella. Es muchas cosas. Seguramente tuvo que seguir un consejo que, pareciendo cínico, es realista: hay que aprender a salir limpio de los asuntos sucios y, si es preciso, a lavarse con agua sucia”. Quizá esta lección marcaría el derrotero por el cual caminaría el político contemporáneo.

Reyes Heróles se adentró en los conceptos y el método de Otero, para ubicarse en sus ideas e hipótesis políticas, y, al igual que él, vivió la alegría y los sinsabores de la acción: “su labor intelectual [de Otero] no fue ni guarida ni compensación de impotencia creadora o consecuencia del objetivo desengaño del no hacer[...] Vivió en plena polémica, haciendo o tratando de hacer[...] no le interesa describir hechos, sino descubrir su explica-

ción. Encuentra en la sociedad, de la que tiene una visión global, una serie de factores[...] trabados y en constante movimiento y mutación”.

Figuras como la de José María Luis Mora y Ponciano Arriaga obligaron a Reyes Heróles a realizar otra reflexión profunda. Y, mucho más tarde, casi treinta años después, ya alcanzada la plena madurez intelectual, hallará a un controvertido personaje que, parafraseando a Pirandello, andaba en busca de un autor: José María Gutiérrez de Estrada, cuya ideología y acción ocuparán buena parte de los últimos tiempos del tuxpeño, aunque su afán de penetrar en la obra de ese ideólogo quedaría trunco, pues lo interrumpió la muerte inesperada, a él, que aseguraba que hacer historia exige años y ayuda a tenerlos, porque los años dotan de altura para un mejor juicio histórico.

El Gutiérrez de Estrada que había buscado la cercanía de Mora y se había negado a que lo concibieran como centralista, el inteligente aunque contradictorio autor de un proyecto monárquico tan temprano como el de 1841, ya exiliado, luego de servir en el gabinete de Santa Anna, como lo prueba Reyes Heróles, fundamenta su fuerza y su combatividad en el conocimiento de los clásicos latinos. Y es precisamente la lucidez del campechano lo que intriga y atrae al veracruzano, no para justificarlo, sino para comprenderlo, evitando la complicidad que toda biografía política impone, y a fin de desarrollar la teoría —subjetiva por cierto— de la *involución* histórica. Porque al adentrarse, desmenuzar, criticar o bien refutar el pensamiento de Gutiérrez de Estrada, Reyes Heróles dibuja la sociedad fluctuante que deter-

minó el México del ochocientos. No es posible conjeturar sobre los alcances que lograría esta biografía política, pero estamos ciertos de que su autor conocía bien la época y el pensamiento de ese hombre que no volvería a México y moriría en el destierro.

#### HISTORIA PARA REVOLUCIONAR

De cierta manera, en sus ensayos y disertaciones históricas, Reyes Heróles no ocultaba su formación de abogado y, aunque no litigio, se valió de las herramientas que el litio le ofrecía para estructurar verdaderos alegatos históricos. Ello lo indujo a concluir que la "vitalidad histórica de México radica en la constante revisión que de sí mismo puede hacer". Quizá el autor concentró sus esfuerzos en la centuria decimonónica, en los hombres que construyeron la nación y sobre todo en el liberalismo, porque atribuía a éste el carácter de una teoría de validez universal. Apreciaba el origen del liberalismo apoyado en sus aspiraciones primordialmente espirituales, ya que consideraba al hombre actor del desarrollo histórico, que cree en decisiones adoptadas en función de la política. Por lo mismo, para el liberalismo la heterodoxia es imperdonable, pero es dudoso que ella se manifieste en economía, puesto que el liberalismo es originalmente ético-político.

Fue en la década de los cincuenta cuando Reyes Heróles se abocó al estudio del siglo XIX. Así, se adentró en la naturaleza de ese periodo, con el objetivo de encontrar para la época presente una forma política original

que respetara y recuperara nuestras peculiaridades. Se empeñó en examinar el liberalismo porque le parecía una forma válida de entender y explicar los vaivenes políticos de la historia mexicana durante el siglo XIX. Luchó en los mares tormentosos de la documentación dispersa, perdida y olvidada, pero acabó comprendiendo a los hombres que, influidos por las ideas europeas, lograron fundar un liberalismo diferente del francés, inglés o español, un liberalismo propio y eminentemente social. Recurrió también a la historia para aseverar esto:

La preocupación social de los llamados humanistas del siglo XVI, su afán por alcanzar la utopía, nacido precisamente por vivir en un país en que coexisten razas distintas y que sufre una conquista, constituye una herencia que se traducirá en que el liberalismo mexicano surja desde su nacimiento como un liberalismo social. Las realidades de México harán que esta herencia se conserve y acreciente, agudizando los rasgos sociales del liberalismo mexicano.

Desde entonces, Reyes Heróles se propuso ahondar en el pensamiento liberal —entendido como el hilo conductor de la vida política de México— y buscar explicaciones y razones en cuanto a los intentos reformistas de 1833, la revolución de Ayutla, la generación de la Reforma y, tras un breve intervalo —el porfirista—, la Revolución mexicana. No hay que olvidar su sabia sentencia de que “quien no conozca y entienda el liberalismo decimonónico no podrá entender la Revolución de 1910”. Por ello, en los últimos tiempos, agobiado por el quehacer político, invocaba con inusitada frecuencia el liberalismo y la historia

de México en sus discursos políticos, pues —aseguraba— el “liberalismo no únicamente es un largo trecho de nuestra historia, sino que constituye la base misma de nuestra actual estructura institucional”.

Tal liberalismo, en el bien estructurado pensamiento del historiador tuxpeño, se dividía en tres etapas fundamentales: la de los orígenes, la de la sociedad fluctuante y la de la integración de las ideas. Semejante concepción le permite revolucionar la historia y probar que hay un liberalismo político distinto del estrictamente económico, aunque en última instancia ambos hayan de identificarse:

Valores de distinta categoría fueron equiparados, y junto a libertades orales y políticas, como la de conciencia y de manifestación de las ideas, se encontraban libertades económicas, como las de la concurrencia y competencia. Los derechos individuales se vinieron a descomponer así en dos ramas: una referente a la libertad espiritual; la otra relativa a la propiedad y a lo que se denomina libertad económica.

Para Reyes Heróles hay una vinculación permanente entre democracia y liberalismo. Más aún, en cierto momento de la historia nacional decimonónica, la lucha política se polariza en términos de federalismo contra centralismo. Desde el principio de la vida independiente de México, los liberales identifican federalismo con liberalismo y dan por cierto que, en un país extenso como el nuestro, una forma central se traduciría en despotismo.

Aspecto esencial del liberalismo jurídico-político mexicano es el que se refiere a la secularización de la sociedad.

Para ilustrar el debate entre federalismo y centralismo, el historiador toma las aportaciones de Zavala y Alamán, y los argumentos irreductibles de hombres como Miguel Ramos Arizpe, Prisciliano Sánchez, Francisco García Salinas, Valentín Gómez Farías, Mariano Otero y Manuel Crescencio Rejón, cuyas inquietudes liberal-federalistas determinan su juicio sobre aquella época convulsa de la formación del país. Había que colocar la nación por encima de las contiendas políticas e ideológicas; de ahí los compromisos del intelectual, que debe caracterizarse por un modo de ser, por un género de vida, como el de los hombres de la Reforma: Arriaga, Vallarta, Lerdo, Iglesias.

Respecto a la cuestión de la libertad de conciencia y la libertad de cultos, se apoyará primero en las ideas secularizadoras de la sociedad expresadas por los forjadores de la incipiente nación y, luego, en el pensamiento de los constituyentes del 57 y la generación de la Reforma: José María Mata, Francisco Javier Gamboa, José María Castillo Velasco, Francisco Zarco y Ponciano Arriaga.

Reyes Heróles —como los liberales del siglo XIX— manifestó sus desacuerdos con la Iglesia porque juzgaba imprescindible mantenerla separada del Estado, para que una y otro fueran independientes y convivieran de manera óptima. Tal convicción se fundaba en el aprendizaje directo no sólo de lo acontecido en el pasado distante, ya que, desde la Constitución de 1824, se había dejado pendiente la cuestión que habría de abrazar y abarcar todo el desarrollo decimonónico, sino sobre todo de las condiciones del país posteriores a la Revolución de 1910. Su posición respecto a la Iglesia era enfá-

tica: prolongar el laicismo en todos los ámbitos de la sociedad tal como lo impone la Constitución, mantener la libertad de conciencia y de enseñanza e impedir la injerencia del clero en asuntos políticos. En consecuencia, defendió a todo trance la supremacía del Estado de derecho y de la nación frente a los anquilosados privilegios y fueros religiosos recibidos o arrebatados por la fuerza durante el largo proceso colonial.

Estaba convencido que de una conciencia destructora de los insurgentes se había pasado a una conciencia transformadora, conciencia colectiva nutrida de un cuerpo de doctrinas liberales europeas, aunque evidentemente adaptada hasta imprimirle un sello propio y original. En ello se funda el historiador, laico de buena cepa y liberal convencido, lúcido y comprometido. Por eso el tema de las relaciones entre el Estado y la Iglesia adquiere dimensiones importantes en su trabajo. Como bien decía, la cuestión era compleja y tenía "más telas que una cebolla". Aseguraba luego, con razón que, "la monstruosa mezcolanza Estado e Iglesia se elimina y emerge la estricta separación entre una y otra entidad. Si el enredado nudo no se puede desatar, hay que cortarlo".

La defensa de la secularización de la sociedad y de las libertades individuales adquiere una dimensión especial cuando Reyes Heróles concluye:

El tener una sociedad laica, secular, con libertades civiles, políticas y espirituales, y el disponer de un Estado cuya supremacía no se discute son ventajas que afianzan el valor de nuestras instituciones y nos hacen defenderlas como si imperaran en la realidad en toda su plenitud. Nuestra tradi-

ción liberal, de un liberalismo social, no puede permitir, asimismo, en el debate de nuestros días, resolver los urgentes problemas económicos y sociales, sin tener que sacrificar la libertad, es decir, conjugando libertad y justicia social.

En 1960, cuando se le invita a participar en la celebración de los cincuenta años de la Revolución, vuelve a la carga sobre el tema del Estado soberano, independiente, liberal y laico. Pensaba por esos años que el viejo tema de discusión Estado-Iglesia estaba agotado y que, debido a ello, había que encarar con audacia e imaginación los problemas contemporáneos. Así, en 1978, como secretario de Gobernación, ante la inminente visita del papa Juan Pablo II, declararía una vez más que el Estado mexicano era laico y que por tanto en el país imperaba la libertad de profesar distintas creencias religiosas y filosóficas, lo cual de ninguna manera debería resucitar viejos y dolorosos conflictos ya superados.

A Jesús Reyes Heróles sólo le tocaría otear la próxima tergiversación del verdadero espíritu liberal, eje medular del proceso de la construcción de nuestra nacionalidad. En horas de vacilación, de dudas o de amnesia colectiva, él se mantuvo firme y trató de dialogar, convencer, conciliar y evitar miserias históricas.

Qué lejos estaba de los cambios registrados en 1992. El Reyes Heróles de los últimos años continuaría insistiendo en que, ante fatalismos y activismos, las instituciones liberales debían tener la capacidad necesaria para adaptarse a las nuevas exigencias con objeto de proteger la libertad del hombre, entendida ésta como un don imperecedero e irrenunciable.



La muerte le impidió ver lo que sucedería en las últimas décadas del siglo xx —o digamos que lo protegió al ocultárselo—, cuando el uso y el abuso de las ideas liberales acarrearían su desprestigio y pervertirían su original sentido liberador. El respeto a la continuidad histórica se rompió: menos de una década después, las iglesias en México, quizá con la ayuda de una parte de la sociedad conservadora, lograron el cambio imposible. En consecuencia, se produjo un divorcio histórico e ideológico entre la esencia rectora del liberalismo mexicano decimonónico y el desacreditado neoliberalismo económico que contaminó la cultura política del tercio final del pasado siglo.

#### TIEMPO FINAL

La vehemente insistencia de Jesús Reyes Heróles en que se recurra a la historia de México como fuente de inspiración y guía de acción en el presente, su terquedad al afirmar que no podríamos ver el futuro sin reconocernos en el pasado, su intransigente creencia de que los pueblos que carecen de historia o padecen amnesia histórica no tienen porvenir, parecen hoy más sensatas que nunca, cuando la realidad contemporánea obliga al reencontro con las experiencias pretéritas. Reyes Heróles fue, como pocos, hombre de acción, hombre de historia. Creyó y defendió el sentido de los procesos graduales, evolutivos, los tránsitos sin rupturas, los cambios dentro del orden, la defensa de la libertad y de la justicia social dentro de un Estado de derecho. En consecuencia, para

comprender y pensar el siglo XX mexicano, tanto hoy como en el mañana, no podremos prescindir de su brillante pensamiento. Su obra da sentido y razón a buena parte de nuestra centuria.

Reyes Heróles representa, sin duda, la expresión más acabada del intelectual político contemporáneo, inspirado en ejemplos del siglo XIX,

políticos e intelectuales, o a la inversa, pues no invocaban cualquiera de los dos fueros para defenderse de lo que habían hecho en la otra actividad; es decir, no se defendían como intelectuales de los riesgos políticos, ni al revés. Eran unívocos en su pensar y actuar, estaban comprometidos en su actuar por su modo de pensar y en éste por su actuación.

A manera de epitafio, al referirse a Otero, Reyes Heróles aseveró: "La huella que dejó es proporcionada entre lo que hizo y lo que escribió, y si es cierto lo que Balzac asegura, que la política deja a cada hombre tal cual es y sólo engrandece a los grandes. Otero fue engrandecido por la política". Algo semejante puede afirmarse del propio Reyes Heróles, quien fue engrandecido por la política en la misma proporción en que la historia de México le debe gratitud permanente.

Reyes Heróles, el maestro, se rebelaba invariablemente cuando alguien lo llamaba así. Reyes Heróles, el hombre público, despreciaba y evitaba en lo posible todo contacto con los intrascendentes actos administrativos, pues como buen historiador atribuía importancia capital al tiempo y estaba resuelto a emplearlo sólo en tareas im-

portantes. Tiempo traducido en años y años traducidos en madurez y altura para el juicio histórico, que permitiesen depurar el pensamiento, poner —decía— interrogantes a lo que antes se aseguraba y dudar ante lo que solía declararse inobjetable. Y, sobre todo, tiempo para recurrir a los “puntos suspensivos”, para dejar al curso natural de los años la posibilidad de la enmienda, de la corrección o de la reafirmación.